

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, [diciembre 1909].)

**PRÓLOGO EJEMPLAR**

El autor de la obra que aquí se sigue, un joven—¡claro está!,—me pide que sea padrino de ella y de él, que le presente al público. Yo—¡claro está también!—no he podido negarme á ello. ¿Y cómo iba á negarme, si para hacerme más fuerza ha tenido el acierto de tocarme en la fibra sensible, diciéndome que conoce lo mucho que me intereso por la juventud que lucha y aspira á llegar? Esto de la aspiración á llegar me ha conmovido hasta las más íntimas entrañas.

Este joven que lucha y aspira á llegar, me toma de padrino, y héteme aquí, lector, trayéndote en brazos al recién nacido vástago del joven aspirante á la llegada. ¿Qué he de decirte de ellos, del joven y de su vástago intelectual?

Tengo, ante todo, lector amigo, que asentar un postulado, postulado que me permitirá el que nos entendamos, ahorrándonos no pocas prolijidades al permitirnos otras tantas reticencias. El postulado es, lector, que tú también escribes. Esto, en España al menos, es axiomático. Aquí no leen libros más que quienes los escriben. Por lo menos estos libros que constituyen lo que llamamos pomposamente la literatura española contemporánea. Porque hay otros libros, novelas sobre todo, que lee mucha gente que no escribe, como son costureras, románticos dependientes de comercio y mancebos de botica, señoritas de la clase media, curas, banqueros, estudiantes... pero estos libros ni entran en la literatura ni hablan de ellos los críticos.

Quedamos, pues, lector amigo, en que tú también ó has publicado algún libro ó piensas publicarlo. Y esto facilita mi tarea presente.

¿Qué quieres que te diga yo de la obra ésta que estoy prologando? Como entre nosotros toda mentira es inútil, excuso confesarte que no la he leído. ¿Y para qué había de leerla? No es preciso leer una obra para ponerla un prólogo. Hay ciertos principios supremos, metafísicos, que sirven para prologar todas y cada una de las obras literarias humanas. Metafísicos, ó si se quiere «metetéicos», porque en esto de componer vocablos por analogía y antítesis, mi ingenio es de una fertilidad inagotable. Mucho más cuanto que tengo observado que mis mayores éxitos se han debido á la invención de una pura palabra ó de una pura frase.

No, no he leído la obra. El leerla habría significado para mí un sacrificio mucho mayor que el de escribir el prólogo, aunque éste hubiera de ser tan extenso como la obra misma



prologada. De todos los infortunios que pueden sobrevenirme, estimo uno de los mayores el de tener que leer un libro cualquiera que me den sin haberlo yo pedido, cuando tengo tantos que busco sin encontrar tiempo para leerlos. He aquí por qué me aparté con horror del oficio de crítico. Me figuro que no ha de haber más triste borrachera que la de un catador de vinos.

Y además, debo confesártelo también, lector y escritor amigo, me interesa mucho más lo que han dicho los muertos que lo que los vivos dicen. Cuando tú te hayas muerto— ¡Dios te dé largos años de vida!—leere tus obras. Ganan las obras literarias yo no sé qué solemnidad augusta cuando se sabe que quien las escribió duerme en la tierra el sueño sin despertar. Esperaremos, pues, á que tú ó yo nos muramos.

Me interesa el hombre mucho más que sus escritos; el hombre, sobre todo el hombre. Y cuando puedo conocerle y verle y oírle y hablar, le dejo de lado sus escritos y me voy á él. Y como no puedo hacer esto con los muertos, que si viven entre nosotros es por sus obras, he aquí por qué leo de preferencia las obras de los que murieron.

Tengo, además, para esto otro motivo, y es que si en un caluroso elogio admirativo de la obra de uno de esos que fueron, deslizo algún reparo ó leve censura, no ha de resucitar el muerto á increparme por el tímido reproche sin tomar en cuenta el total elogio. La vanidad no entra en la morada de los muertos.

Por otra parte, al joven autor de esta obra que estoy prologando, autor vivo y muy vivo, le importa poco, me parece, que yo haya leído su obra, con tal de que se la prologue, y tampoco le importa gran cosa el que yo hable ó no de su obra en mi prólogo á ella. Lo capital para él es que mi nombre aparezca en la cubierta de su libro.

Un padre avisado busca para padrino de su hijo á una persona de posición y, á poder ser, de fortuna; á uno que pueda más adelante, protegiendo al padre, proteger al hijo. El que ese padrino, al tener en brazos ante la pila al recién nacido, conteste al cura «credo» cuando maldito si cree en lo que se le pregunta, esto es cosa que al padre le tiene sin cuidado. Después de todo contesta en latín, que es una manera de no contestar de veras.

Si me preguntas, pues, lector amigo, si creo en la excelencia literaria de esta obra que te presento y apadrino, te contestaré en latín: «credo». Esto es de ritual, como los juramentos ante los tribunales de justicia, y las cosas de ritual no tienen nada que hacer en la conciencia. Precisamente la liturgia se inventó para eso, para formalizar nuestras relaciones sacramentales sin mengua de la conciencia. Es una especie de etiqueta ó protocolo á lo divino.





Las relaciones entre el hombre y los dioses que se forja tienen también sus fórmulas de cortesía. «Hay que ser cortés con Dios», dice el mejor maestro de ceremonias que conozco, un canónigo que tiene la plena conciencia de la importancia de su cargo, creyéndolo, y creo que con razón, el más importante de los cargos todos del cabildo.

Es una cosa comprobada históricamente el hecho de que el dogma ha brotado no pocas veces de la fórmula litúrgica, y también es cosa comprobada que es más fácil que la cortesía lleve al amor que no el amor á la cortesía.

Por algo se ha dicho que las buenas formas son el todo. En guardando la forma, ¿qué importa lo demás? Y el fundamento de esta doctrina, su fundamento metafísico, es que acaso, ó sin acaso, no hay más que formas, todo es forma de uno ó de otro grado, y el universo un montón de formas, más ó menos informes, enchufadas las unas en las otras. Lo que hay que tener, pues, en el mundo es formalidad é ir pasando el rato. Pero hay que pasarlo formalmente, porque si no, ¿qué se diría de nosotros? Y nuestra forma es lo que da nosotros se dice.

Y volviendo á lo de la metestética é inspirándome en Gedeón, pero no en el hijo de Jonás, el juez de Israel y vencedor de los madianitas, sino en el otro, en el nuestro, juez también y vencedor, os diré que si esta obra tiene propia é íntima excelencia vencerá lo mismo sin mi prólogo que á pesar de él, y si, por el contrario, carece de excelencia alguna no le salva, á guisa de bula de Meo, este mi prólogo. Todo lo cual es de clavo pasado. Razón por la que lo estampo aquí y así voy alargando mi prólogo sin hablaros del libro prologado, y esto es lo exornado.





Este joven—el autor de este libro quiero decir—aspira á llegar. ¿Hay acaso algo de malo en ello? No, sino que es una aspiración muy legítima y hasta muy noble. Si han llegado otros, ¿por qué no ha de llegar él? Todos los mortales dotados de palabra, y hasta los que careciendo de ella bramán, rugen, zumban, croan, relinchan, balan, gruñen ó rebuznan, todos estamos hechos del mismo barro. Y al mismo barro hemos de volver todos, «quia pulvis sumus et in pulverem revertemur». ¿Por qué, pues, no ha de llegar el joven autor de este libro que estoy prologando?

El ha de llegar, no me cabe duda de ello; pero quiere llegar cuanto antes, tiene prisa por llegar. Es que conoce el valor del tiempo, de cuya íntima eficacia no siempre sabemos darnos cuenta. En economía política, y lo mismo en la doméstica, el tiempo tiene tanta importancia como el dinero. Y la teoría de una obra literaria pertenece, ante todo, á la economía doméstica y á la política.

Eso de que el buen paño en el arca se vende es un disparate económico que proviene de los tiempos y los pueblos en que se prestaba ó se presta al treinta ó al cuarenta por ciento. Mientras se vende el paño en el arca tendría el pañero tiempo de morir de hambre si no fuera por el usurero, que es quien se queda con el paño al cabo. No, hay que vender pronto. Vale más vender pronto y barato que á la larga y caro. Y te hago gracia, lector, de la teoría del descuento.

El joven autor de este libro desea acaso que le descuente yo la gloria en este prólogo, pero cuando me meto á banquero, me gusta serlo con mi cuenta y razón. Me limito, pues, á garantir su firma, sin salir fiador de más. No me asocio á sus empresas. Y he aquí por qué no he querido leer su libro.

Si hubiese yo leído este libro que prólogo y me hubiera parecido malo, ó lo que es peor que malo, insignificante—como son el noventa y nueve de los libros que entre nosotros se publican,—¿iba yo á decirlo aquí? De ningún modo. Tenía, pues, que rehusar escribir el prólogo. Y sé por experiencia que esta rehusa acarrea más disgustos que no el escribir un prólogo tan inocente como este que estoy escribiendo y que ha de servir de tipo para todos los que en adelante se me pidan.

¿Que esto es tomarle el pelo al autor? El Autor de todas las cosas nos está tomando el pelo de continuo, y esto entra en su perfección, y se nos ha dicho que seamos perfectos como El es perfecto. Si Dios nos toma el pelo á los hombres á lo divino, ¿no podemos nosotros, los hombres, tomarnos unos á otros el pelo á lo humano? Y sobre todo, el autor puede decirme: dame pan y llámame tonto. Aunque yo, por mi parte, esté seguro de que este prólogo no ha de darle cuatro lectores más,





y puede en cambio quitarle cuarenta. Diferencia: treinta y seis lectores de menos. Y esto también pertenece á la economía política, ó más bien á la teneduría de libros.

En cuestión de libros la teneduría es lo capital y no hay literato perfecto sin el conocimiento de ella. Porque, vamos á ver, ¿qué es un libro?... Para esta definición remito al lector á cualquier tratado de bibliología. No todos sabemos lo que es un libro, y menos los que los escribimos. Nada hay más ridículo que el que un autor llame suyo á un libro que escribió ¿Suyo? Nunca se distinguieron los escritores por poseer una clara noción de la propiedad. El hombre que escribe para el público es un animal degenerado. Rousseau dijo una cosa parecida, pero ni tan profunda ni tan precisa. Verdad es que Rousseau no sé que escribiera prólogo alguno. Y esto de escribir prólogos da una profundidad y una precisión maravillosas al ingenio.

Esto de los prólogos es un género especial, y así como hay dramaturgos, poetas épicos, líricos, novelistas, cuentistas, epistológrafos, y otras cien especies diversas del género literario, hay también prologuistas. Y es un género, á la vez que de los más difíciles, de los peor retribuidos.

No faltará malicioso que se sorprenda de cómo el autor, de este libro se ha atrevido á dejarlo encabezar con este prólogo, pero tenga en cuenta el tal que este joven autor no sólo aspira á llegar, sino que confía en lograrlo, y cuando llegue—que llegará—cuenta con colocar él á su vez su concerniente prólogo á otro entonces joven aspirante á la llegada. Pero yo, por mi parte, no me dejé nunca prologar por nadie. Declaro, con la modestia que me caracteriza, que me he bastado para prologarme. En general mis libros son los prólogos de sí mismos. Uno sólo de ellos, la novela «Amor y Pedagogía», lleva prólogo, pero éste es egregio y como hay pocos. Es, tal vez, modelo en su género.

Y veo que en vez de hablar de la obra esta á que estoy prologando, me siento arrastrado á hablar de mis propias obras. Esto es muy humano. Y es un modo de cobrarle el prólogo al autor de la obra prologada.

Y ahora, lector y escritor amigo, pasa á leer el libro siguiente. O no lo leas. Con haber leído el prólogo debe bastarte. Y al autor, si es discreto, debe bastarle también, pues que vendió un ejemplar de su libro.

Miguel de Unamuno.

